

Capítulo 1. Alejandría, año 68 de nuestra era

En una aislada y humilde choza del barrio oriental de Alejandría, iluminada tan sólo por unas pequeñas lámparas de aceite, un anciano permanecía inmóvil en su lecho de muerte. Junto a él se encontraba Eliezer, su fiel discípulo, antaño un rico comerciante de telas de Judea que había abandonado su negocio para seguir a su maestro.

Los protagonistas de la tragedia vivida treinta y cinco años atrás habían desaparecido. Habían transcurrido poco más de tres décadas desde que Jesucristo fuera crucificado en el Gólgota; veinticuatro años desde que el prefecto del Imperio, Poncio Pilato, fuera desterrado a la Galia por el emperador Calígula y se suicidara; veinte desde que Caifás, presidente del Gran Sanedrín, falleciese en extrañas circunstancias.

Once de los doce discípulos que acompañaron al maestro en aquella Última Cena en el barrio de Sión habían corrido la misma suerte. Pedro había sido crucificado boca abajo justo un año antes en Roma por orden de Nerón; Bartolomé se dirigió a Turquía, donde unos bandidos lo despellejaron vivo; Tomás enfermó y falleció en un suburbio de la India; Mateo, después de disfrutar de una larga vida y de difundir el mensaje de su maestro en Etiopía, Persia y Macedonia, murió plácidamente; Santiago fue martirizado por orden de Ananías, sumo sacerdote y arrojado vivo desde un acantilado; Andrés, hermano de Pedro, fue crucificado en la ciudad griega de Patras; Santiago el Mayor sería degollado por orden de Herodes Agripa; Juan, hermano de Santiago, quemado en aceite hirviendo por orden de Domiciano; Felipe, crucificado por orden del procónsul de Roma en la ciudad de Hierápolis; Judas Tadeo moriría en el norte de Persia y Simón el Zelote, moriría mártir, en la costa del Mar Negro.

En la memoria del anciano aún permanecía vivo el recuerdo de su maestro y la conversación que ambos habían mantenido antes de que comenzara la cena de Pascua. Se acordaba perfectamente de cómo, tras la detención de su maestro, Simón el Cananeo, antiguo miembro de los zelotes, había intentado matarle por orden de Pedro. Estaba seguro de que Pedro había obrado de tal modo con el fin de que desapareciera cualquiera que pudiera poner en duda su liderazgo tras la muerte del maestro. Pedro convenció al resto de los discípulos de que había sido el anciano que ahora yacía en aquel pobre camastro quien había entregado al Hombre a los sacerdotes del templo. Entre la lucidez y el delirio causado por la fiebre, el moribundo intentaba recordar el momento en el que Simón el Zelote había declarado haber visto, a Pedro hablar cerca del templo con Jonatán, el jefe de la guardia, justo antes de la cena de Pascua. Pero después del apresamiento de su maestro en Getsemaní los acontecimientos se precipitaron tan rápidamente que nadie volvió a preguntarle a Simón, por aquel extraño encuentro entre el jefe de la guardia del Templo y Pedro.

Para el anciano, el único superviviente de los trece comensales que habían asistido a aquella cena, esa conversación se había convertido en una de las incógnitas que le acompañarían hasta el momento mismo de su muerte en aquel oscuro y solitario rincón del norte de Egipto.

Eliezer rompió el silencio de sus recuerdos. Intentó incorporarle en el camastro para darle un poco de agua en un recipiente de barro, pero el anciano se ahogaba.

-Fiel Eliezer, tú debes ser el heredero de mi palabra -sentenció el anciano.

-Está bien, maestro, pero intente beber un poco de agua -replicó resignado el discípulo.

El anciano consiguió apartar bruscamente el recipiente de sus labios y se dirigió a su discípulo:

-Eliezer, coge pliegos de papiro y escribe lo que voy a relatarte. Si yo muero antes de revelarte las palabras que me dijo mi maestro antes de ser apresado y condenado, jamás los herederos de su palabra podrán conocer la verdad. Si fallezco, esos hechos morirán

conmigo -dijo con cierto aire de misterio.

-Está bien, maestro, pero debería descansar un poco -pidió.

-De ninguna manera -protestó el anciano-. Dentro de poco tiempo ya no estaré entre los vivos y debo dar a conocer sus palabras antes de mi muerte para que sus seguidores sepan la misión que me asignó. Necesito que copies mis palabras fielmente, tal y como yo te las dicto, tal y como Él me las transmitió.

Eliezer salió de la choza y regresó al poco rato con pliegos de papiro, pequeños frascos de tintas y varios cálamos. Colocó una mesa baja de madera justo al lado del lecho de su maestro, se sentó en el suelo y comenzó a escribir las palabras del anciano.

-Mi nombre es Yehudah. Nací en el pueblo de Is-qeriyot, en la región de Ghor. Fui apóstol de Nuestro Señor, y le seguí por los campos de Judea y Galilea. -La persistente tos seca del anciano le obligaba a detenerse de vez en cuando en el relato, y su respiración se hacía dificultosa. Eliezer reflejaba hábilmente los símbolos arameos sobre el papiro. Tras dar un sorbo de agua, el anciano continuó con su relato.

Al atardecer, el barrio de Sión, con sus pequeñas tiendas, patios interiores, azoteas y oscuros callejones, se convertía en un auténtico laberinto de trampas por el que ni siquiera los soldados romanos se atrevían a cruzar a ciertas horas. Los zelotes, que se oponían a la ocupación, habían estrechado tanto, algunas calles que los romanos se veían obligados a patrullar por ellas sin armaduras.

Simón entró en una de las casas. Pedro le había pedido que se ocupara de los preparativos de una cena para trece comensales que se celebraría esa misma noche mientras él se hacía cargo de cierta misión. Accedió a la casa por un estrecho patio cuyo recorrido se podía controlar desde una pequeña mirilla colocada en la puerta. Simón había comprado el cordero que se serviría en la cena. Cuando comprobó que el animal no tenía ningún hueso roto, algo imprescindible en Pascua, lo dispuso en el horno. Juan, otro de los comensales, se había ocupado de preparar la estancia para la cena. Colocó una gran mesa y dispuso en ella trece platos y trece copas, además de un candelabro con velas que se encenderían cuando diese comienzo el seder, la comida más importante de la liturgia judía.

Poco a poco, los invitados llegaron a la casa. Se iban acercando al pozo situado en mitad del patio, extraían agua y procedían a lavarse. Mientras el cordero se asaba, Juan y Simón vigilaban la entrada del patio.

Cada vez que sonaba un golpe en la puerta, Simón abría la mirilla, observaba quién se encontraba al otro lado, abría los gruesos cerrojos y permitía la entrada al recién llegado.

Los invitados se conocían y se abrazaban con satisfacción al verse. Poco a poco, fueron llegando todos, pero faltaban tres: Jesucristo, Judas Iscariote y Pedro. Mateo, que había trabajado como recaudador de impuestos para los romanos y se había convertido en el octavo discípulo, comenzó a sentir cierta inquietud por la ausencia de Pedro.

- ¿Qué puede haberle ocurrido a Pedro para no estar entre nosotros? -preguntó.

- Yo lo he visto en las cercanías del templo cuando llevé a sacrificar al cordero. No creo que le haya sucedido nada -respondió Simón.

Al resto de los discípulos les llamó la atención que Pedro, a quien habían elegido como su líder, se encontrase cerca del templo. Simón incluso fue más allá al explicar a los presentes que había visto al apóstol hablando con Jonatán, el jefe de la guardia, pero que en ese momento no le había dado mayor importancia al asunto.

En el mismo instante en que Simón respondía a la pregunta de Mateo, Caifás, el sumo sacerdote, estaba ofreciendo a uno de los discípulos treinta monedas de plata por entregar al que llamaban Jesús.

El discípulo propuso entregar al maestro a los guardias del templo en la misma casa de Sión donde se celebraría la cena, pero Jonatán no estaba dispuesto a arriesgarse a sufrir una emboscada en las estrechas calles de aquel laberinto.

Como segunda opción, el traidor brindó al oficial la posibilidad de entregar a su maestro en el lugar al que, tras finalizar la cena de Pascua, irían a orar: Gath Shemane, la prensa de olivas, o Getsemaní. El oficial lo aceptó, dado que si detenía al hombre en campo abierto, evitaba una emboscada.

-¿Cómo reconoceremos a tu maestro? -preguntó Caifás al traidor.

-Yo os lo indicaré -dijo.

-Muy bien. Será esta misma noche -aseguró el sumo sacerdote-, y tú nos lo entregarás.

A muy poca distancia de allí, el Hombre había llegado ya a la casa en la que debía reunirse junto a sus doce discípulos. Mientras se lavaba los pies y las manos, preguntó por Pedro.

-No sabemos dónde está -respondió Tomás, el pescador nacido y criado a orillas del mar de Galilea. El resto de los allí reunidos pensaban de él que era taciturno, receloso y demasiado pesimista.

De repente, sonó un golpe seco en la puerta. Era Judas Iscariote. Ya sólo faltaba Pedro. Al cabo de un rato llegó y se unió al resto.

-Perdonad mi tardanza, maestro -se disculpó.

-Sólo espero que la causa de tu tardanza sea a causa de motivos propios y no porque otros lo hayan elegido así -respondió el maestro. Los discípulos no entendieron a qué se refería su maestro y por qué hablaba con tanto misterio al que ellos habían elegido como guía.

Bartolomé, al que sus compañeros llamaban el Luchador y cuya ascendencia se remontaba a la rebelión de los macabeos de hacía dos siglos, rompió el tenso silencio.

-El cordero está preparado -anunció.

Pedro aún no se había repuesto de la sorpresa ante la extraña respuesta de su maestro. Antes de subir a la planta de arriba, donde debía celebrarse la cena, el maestro pidió a Judas Iscariote que se reuniera a solas con él, en el patio.

Pedro intentó seguirles, pero el Hombre hizo un ademán para detenerle.

-Sólo él, mi fiel Judas, debe oír lo que voy a decir -sentenció.

Pedro, Bartolomé y Santiago el Menor se mantuvieron en las cercanías, asistiendo con curiosidad a la escena que se desarrollaba ante ellos. Poco después, los tres apóstoles vieron cómo Judas en llanto, se arrodillaba ante Él, sujetando una mano entre las suyas, mientras el Hombre tocaba con la otra mano la cabeza de su discípulo como si estuviera consolándole.

En cuanto el Hombre y Judas Iscariote se reunieron con el resto, se dirigieron a la planta de arriba y se sentaron los doce en torno a su maestro, alrededor de la mesa. El Hombre encendió las velas.

-Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios He deseado celebrar esta Pascua con todos vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la celebraré más hasta que llegue el Reino de Dios.- dijo.

Los discípulos guardaron silencio. Judas, que aún tenía lágrimas en los ojos, miraba atentamente a su maestro. Pedro, por su parte, se mantenía casi ajeno a lo que allí estaba sucediendo, como si aguardase alguna acción.

De repente, el relato quedó interrumpido por la fuerte tos del moribundo. Su discípulo intentó que bebiese un poco de agua, pero la sangre de esputo se mezcló en ella.

-Me queda poco tiempo. Debemos seguir, continuemos -propuso el anciano.

Antes de continuar, Eliezer se levantó y llenó las lámparas con aceite para aumentar la intensidad de la luz.

El maestro bendijo una de las jarras y llenó el primer vaso en honor del kiddush, la santificación; un segundo vaso por el haggadash, la celebración del cordero; un tercer vaso, por las oraciones de acción de gracias, y, finalmente, un cuarto vaso, para acompañar las últimas plegarias. El maestro volvió a hablar:

-Porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios-.

A continuación, el maestro pasó a Juan el plato del hazareth, una salsa picante roja. Éste cogió un trozo de pan y lo mojó en ella. Seguidamente, pasó el plato a Andrés, éste a Bartolomé, y así a Tomás, Mateo, Santiago el Menor, Santiago el Mayor, Felipe, Judas Tadeo, Simón el Zelote, Judas Iscariote y, finalmente, Pedro.

Juan no apartaba su mirada de Pedro. El resto no confiaba en él. Juan, antiguo pescador, se había mostrado en muchas ocasiones pendenciero, indolente y egoísta con el resto de discípulos y estaba ansioso por usurpar el lugar de Pedro junto al maestro. Judas miraba en silencio a Pedro y a Juan, manteniendo el secreto de lo que el Hombre le había anunciado en el patio. Aquélla no parecía una cena de Pascua, sino más bien una cena de despedida.

Para Judas, su maestro estaba intentando que los doce trabajasen juntos, sin ambiciones desmedidas entre ellos. Ninguno debía ser más grande que los otros, ni más poderoso entre los humildes, ni más importante entre los modestos. Los doce se encontraban allí reunidos, en una humilde casa de Sión, no sólo para que su maestro pudiese agradecerles su fidelidad, sino también para informarles de la misión que se les iba a encomendar: once de ellos deberían servir de guías religiosos al resto de la humanidad. El último de los doce sería el elegido.

Pedro se sentía molesto con Juan, quien lo acusaba de no seguir los preceptos de su maestro y de mostrarse en demasiadas ocasiones superior a los demás.

-¡Yo, al menos, estoy dispuesto a seguir a mi maestro hasta la muerte! -exclamó.

El maestro interrumpió repentinamente la discusión.

-En verdad te digo, Pedro, que antes de que hoy cante el gallo me habrás negado tres veces.

La cena transcurrió desde ese mismo momento según las normas establecidas en la ley: se recitaron los salmos 113 y 144 del Hallel, se bebió el agua con hierbas amargas y cada uno de los comensales degustó un trozo de cordero.

-Uno de vosotros me entregará -sentenció el maestro casi al final de la cena.

-¿A quién te refieres? -preguntó Santiago el Menor.

Se hizo un largo silencio.

-Lo que vayáis a hacer, hacedlo pronto, porque uno de vosotros me entregará para que otro de vosotros pueda heredar las llaves del reino cuando yo ya no esté entre vosotros.

Los presentes dirigieron su atención hacia Pedro, que intentó rehuir sus miradas.

-Lo único que os digo es que no me podréis seguir al lugar al que voy, pero debéis amaros los unos a los otros como yo os he amado. Ha sido glorificado el Hijo del Hombre, y Dios ha sido glorificado en Él. Si Dios ha sido glorificado en Él, Dios también le glorificará en sí mismo, y le glorificará pronto. -Tras un breve silencio, el maestro arrancó un trozo de pan y dijo-: Tomad y comed, porque éste es mi cuerpo. - Seguidamente cogió una copa de vino y pronunció en tono solemne-: Tomad y bebed, porque ésta es mi sangre, testamento de la alianza, que será derramada por muchos para el perdón de los pecados.

Bebieron todos de ella y una vez vacía se la devolvieron al maestro.

-Levantaos y vayámonos de aquí -ordenó.

Simón, el encargado de la seguridad, les conminó a que salieran de la casa de uno en uno para que pasaran desapercibidos y les aconsejó que se dirigieran hacia la Puerta Dorada, que permanecía abierta y sin vigilancia de soldados romanos con motivo de la Pascua.

Media hora después, el maestro volvía a reencontrarse con sus discípulos entre la arboleda de Getsemaní, al pie del Monte de los Olivos. Algunos se sentaron en el suelo, recostados en los árboles, y otros permanecieron de pie, hablando.

La noche discurría entre plegarias y largas disertaciones cuando, de repente, aparecieron entre los árboles soldados con espadas en la mano. Varios discípulos se pusieron en pie.

-Llegó la hora, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de pecadores.

¡Levantaos! Mirad, el que me va a entregar está cerca.

Todas las miradas se concentraron en el apóstol que más cerca estaba del maestro, Judas Iscariote, a quien le había tendido su mano. En un lugar apartado, ajeno a lo que allí estaba sucediendo, Pedro observaba la escena.

Varios guardias del templo, comandados por Jonatán, prendieron a Jesucristo. Simón el Zelote, acostumbrado a huir y atacar a las fuerzas romanas y herodianas que le acechaban en las montañas galileas, presintió el peligro. Con una daga en la mano corrió a proteger al maestro, que ya se había identificado y extendía sus manos para ser prendido.

-Guarda tu daga -le ordenó el maestro mientras los guardias le ataban ya las manos.

Pocas horas después, mientras Jesús era interrogado en el Gran Sanedrín, una mujer se acercó a Pedro y, ante un grupo de soldados, le espetó:

-¿No eres tú también un discípulo de ese hombre?

Pedro sacudió la cabeza, negando conocer al hombre detenido. Había sucedido la primera negación.

Cuando Jesús era trasladado para ser presentado ante el sumo sacerdote, Pedro se encontró de pronto rodeado por una muchedumbre. Una criada agitó un dedo, acusándole de ser un seguidor del hombre que estaba siendo juzgado ante el sumo sacerdote. La mujer alegaba que había visto a Pedro caminar junto al hombre, que iba montado en un burro.

Pedro negó con firmeza.

-¡Yo no conozco a ese hombre! Yo iba caminando detrás del animal -gritó en su defensa. Había sucedido la segunda negación.

Cuando intentaba abandonar el lugar, un criado golpeó a Pedro en el pecho y le increpó:

-Tu propia forma de hablar te descubre como seguidor de ese hombre.

El discípulo comenzó a maldecir al criado por mentiroso, gritando a quien quisiera oírle que él no conocía a «aquel hombre». Tan convincente fue su discurso que los criados y guardias que se habían acercado debido al alboroto se echaron para atrás. Tras la tercera negación, cantó el gallo.

Pocas horas después, el Hombre, el maestro de los doce apóstoles, sufriría la Pasión.

Fue azotado hasta la extenuación, golpeado, escupido y, por último, crucificado en el monte del Gólgota.

Los espectadores que se habían congregado para ver la crucifixión fueron poco a poco dispersándose mientras los soldados hacían guardia al pie de la cruz. Cuando los militares pensaban que el reo había fallecido, éste levantó la cabeza y, mirando a los ladrones que estaban crucificados a su lado, dijo:

-Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Tres horas después de haber sido crucificado, el reo volvió a hablar:

-Todo está cumplido. -Éstas serían sus últimas palabras.

Longinos, el oficial romano encargado de comprobar la muerte del reo, y que actuaba

como exactor mortis, agarró su lanza por un extremo y se la clavó al Hombre en el costado.

A pocas millas de allí, uno de los apóstoles huía tras el oculto manto de la noche en una barca de pesca, rumbo al seguro puerto de Alejandría.

Durante horas, días y noches, bajo la luz de las pequeñas lámparas de aceite, el anciano dictó a su discípulo Eliezer sus recuerdos. Quería dejar constancia de cuál había sido su lugar en la historia.

Habían pasado seis lunas cuando una noche, Eliezer, tal y como había hecho en tantas ocasiones, entró en la choza para continuar con la transcripción de los recuerdos de su maestro.

-¿Maestro? -preguntó el discípulo sin obtener respuesta alguna-. ¿Maestro? -

El discípulo acercó la lámpara de aceite al último de los apóstoles. Su rostro amarillento y sudoroso mostraba que había muerto esa misma noche, entre terribles pesadillas.

Eliezer comprendió entonces que aquellos pliegos de papiro que se encontraban a su lado, amontonados sin orden alguno, cambiarían el curso de la historia de la cristiandad.

Lo que ignoraba en aquel momento es que a muchas personas no les interesaría que aquellas palabras saliesen a la luz hasta el final de los tiempos.